

## CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO QUINTO, PORQUE YA VA LARGO.

PUES con este cuidado que el maestro tenía de Gerundico, con la aplicación del niño y con su viveza é ingenio que realmente le tenía, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitarle; y aunque muchas veces encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresión habían hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada día mayores; y habiendo leído en un libro, que se intitulaba *Maestro del maestro de niños*, que éste debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad; por cuanto enseña la experiencia, que la incongruidad, barbarismos y

solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas, que se les pegan cuando niños; él hacia grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana: pero era el caso, que él mismo no podía hablarla peor; porque como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como había inventado una extravagantísima ortografía, así también se le había puesto en la cabeza, que podía inventar una lengua no ménos extravagante.

2. Mientras fué escribiente del notario de San Millan, había notado en varios procesos que se decía así: *cuarto testigo examinado, María Gavillan: octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo*. Esto le chocaba infinitamente; porque decía, que si los hombres eran testigos, las mujeres se habían de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecía romance de vizcaino. De la misma manera no podía sufrir, que el autor de la vida de Santa Catalina dijese: *Catalina sujeto de nuestra historia*; pareciéndole, que *Catalina* y *sujeto* eran mala concordancia, pues venía á ser lo mismo que si se dijera: *Catalina, el hombre de nuestra historia*, siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sujetos*, y las mujeres *sujetas*; ¿pues qué, cuando encontraba en un libro, *era una mujer no comun, era un gigante?* Entónces perdía los estribos de la paciencia y decía á sus chicos todo en cólera y furioso: ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones y se los pongan á las mujeres; ¿por qué no se dirá, *era una mujer no comun, era una gigante?* Y por

esta misma regla los enseñaba que nunca dijese, *el alma, el arte, el agua*, sino *la alma, la arte, la agua*, pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la gramática castellana, que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo*, &c. jurando y perjurando, que no había de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España; porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducían el bagaje de los godos y de los árabes. Decía á sus niños, que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba, que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda, que aún no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Rio muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo: *arre, arre*. Preguntó el irlandés al padre maestro; ¿qué quería decir *arre*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros? respondióle el maestro, que aquello quería decir, que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el maestro á un amigo suyo, con quién se paró á hablar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga á su compañero y le dijo con mucha gracia: *arre, padre maestro, arre*: lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decía el cojo hecho

un veneno, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía, que á los racionales nos traten de esta manera: y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear á él el cu...: y acabó de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño, que todavía andaba en sayas, fué delante de la mesa dónde estaba el maestro, puso las manicas, y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo, que no sabía *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el cojo enfurecido: y diciendo y haciendo, le levantó las faldas, y le asentó unos buenos azotes, repitiéndole á cada uno de ellos: *anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos*.

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundio; y como por otra parte en poco más de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aún á hacer palotes y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle más y más, enseñándole lo más recóndito que él mismo sabía, y con lo que lo había lucido en más de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas, que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno, que tenía en la uña todo el Larraga, y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado, habiéndole oído en cierta ocasion.

5. Fué, pues, el caso, que como la fortuna ó la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas

ridículas, y él tenía tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las más discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada: *el Villano Caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida, de otra que escribió en francés el incomparable Molière, casi con el mismo título. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes, que pierden el tiempo en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro ó preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entenderas como de piés, entendiolo con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es más que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podía haber maestro de niños, que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un día, pues, habiendo corregido las planas más aprisa de lo acostumbrado, llamó á Gerundico, hizole poner en pié delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: dime, hijo, ¿cuántas son las letras? Respondióle el niño prontamente: Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el cojo, que son veinte y cuatro, y sino cuéntalas. Contólas el niño, y dijo con intrepidez:

dez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *A* a primeras, no son más que una letra, con forma ó con figura diferente. Conoció que se habia cortado el chico, y para alentarle añadió: no extraño que siendo tú un niño, y no habiendo más que un año que andas á la escuela, no supieses el número de letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas; se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos y no saben cuantas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! Y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela á unos idiotas, que no valian ni aún para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí: tiempo vendrá en que el sabrá rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *bocales* y otras *consonantes*. Las bocales son cinco, *a, e, i, o, u*; llámanse bocales porque se pronuncian con la boca; ¡pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundico con su natural viveza), se pronuncia con el cu...? y díjolo por entero. Los muchachos se rieron mucho; el cojo se corrió un poco, pero tomándolo á gracia, se contentó con ponerse un poco sério, diciéndole: no seas intrépido y déjame acabar lo que iba á decir. Digo, pues, que las bocales se llaman así porque se pronuncian con la boca y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras bocales. Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera bocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *A*. Luego que oyó esto Gerundico, abrió su bo-

quita y mirando á todas partes, repetía muchas veces *a, a, a*; tiene razon el señor maestro. Y éste prosiguió: la *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior; ésto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver como lo hago yo, señor maestro, dijo el niño, *e, e, e: a, a, a, e*; ¡Jesús, y qué cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando más las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia las orejas, *i, i*. Deje usted, ¿á ver si yo sé hacerlo? *i, i, i*. Ni más ni ménos, hijo mio, y pronuncias la *i* á perfeccion. La *O* se forma abriendo las quijadas y después juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera y formando la misma figura de ellos como cosa redonda que representa una *o*. Gerundio con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba y á gritar *o, o, o*: el maestro quiso saber si los demás muchachos habian aprendido tambien las importantísimas lecciones que les acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les habia explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco mirando á unos, observando á otros, y enmendando á todos: á éste le abria más las mandíbulas, á aquél se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosía; y en fin, era tal la gritería, la confusion y la zambra, que parecia la escuela ni más ni ménos al coro de la Santa Iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias,

y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas; porque el maestro habia dicho á sus padres, que ya era cargo de conciencia tenerle más tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó, hizo nuestro escolin ostentacion de sus habilidades y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar, y de un fraile, que iba con obediencia á otro convento, porque de estos apenas se limpiaba la casa. Gerundio preguntó al cura: ¿Á qué no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla? El cura se cortó, oyendo una pregunta que jamás se la habian hecho, y respondió: hijo, yo nunca las he contado. ¿Pues cuéntelas usted, prosiguió el chico; y va un ochavo á que aún después de haberlas contado no sabe cuántas son? Contó el cura veinte y cinco, después de haberse errado dos veces en el *a, b, c*; y el niño, dando muchas palmadas, decia; ¡Ay! ¡ay! que le cogí, que le gané, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos *A* a primeras, y no es más que una letra escrita de dos modos diferentes. Después preguntó al padre: Vaya ¿otro ochavo á que no me dice usted cómo se escribe burro; con *b* pequeña ó con *B* grande? Hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho: si el burro es pequeñito y anda todavía á la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se es-

cribe con B grande; porque dice señor maestro, que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una P mayor, que una pierna de carnero. A todos les hizo gran fuerza la razon, y no quedaron ménos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo: y el buen padre confesó, que aunque habia cursado en las dos Universidades de Salamanca y Valladolid, jamás habia oido en ellas cosa semejante; y vuelto á Anton Zotes y á su mujer les dijo muy ponderado: señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien. Cuando el niño oyó *arrepentirse*, comenzó á hacer grandes espavientos, y á decir: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué mala palabra; *arrepentirse!* no señor, no señor, no se dice *arrepentirse* ni cosa que lleve *arre*, que eso dice, señor maestro, que es bueno para los burros ó para las rucas (*requas*, querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Sí señor, para las requas, y no para los cristianos; los cuáles debemos decir *enrepentir*, *enremangar*, *enreglar* el papel, y cosas semejantes. El cura estaba aturdido, el religioso se hacia cruces, la buena de la Catanla lloraba de gozo, y Anton Zotes no se pudo contener sin exclamar, ¡*Vaya qué es bobada!* que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oida.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dijo: Señor cura, pregúnteme usted de las vocales y de las

consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió: *de qué brobales, hijo; del brocal del pozo del humilladero, y del otro que está junto á la ermita de San Blas?* No señor, de las letras consonantes y de las vocales. Cortóse el bueno del cura, confesando, que á él nunca le habian enseñado cosas tan hondas. Pues á mí si, continuó el niño, y del rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó toda la ridícula arenga que habia oido al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes: y en acabando, para ver si la habian entendido, dijo á su madre: madrica ¿cómo se pronuncia la A? Hijo, cómo se ha de pronunciar: así, A, abriendo la boca. No, madre; pero ¿cómo se abre la boca? ¿cómo se ha de abrir, hijo, de esta manera, A. Que no es eso, señora: pero cuando usted la abre para pronunciar la A; ¿qué es lo que hace? abrirla, hijo mio, respondió la bonísima Catanla; ¡abrirla! eso cualquiera lo dice: tambien se abre para pronunciar E, y para pronunciar I, O, U, y entonces no se pronuncia A. Mire usted, para pronunciar A, se baja una quijada, y se levanta otra, de esta manera: y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, bajaba la inferior y subia la superior, diciéndola, que cuanto más abriese la boca, mayor seria la A que pronunciaría. Hizo después que el padre pronunciasse la E, el cura la I, el fraile la O, y él escogió por la más dificultosa de todas, la pronunciacion de la U, encargádoles, que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno levantando la voz todo cuanto pudiesen, y observando unos á otros la postura de la boca, para que viesen

la puntualidad de las reglas, que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente; porque la tia Catanla la tenia hombruna y carraspeña, Anton Zotes clueca y algo á aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y berceñil, Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel y á pronunciar su letra, levantando el grito á cual más podia: hundíase el cuarto, atronábase la casa, era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de la calle. Al estruendo y á la algazara de la casa de Anton Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba ó que habia sucedido alguna desgracia; entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creida, ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería, y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abria tanto la boca para pronunciar su A, y naturaleza liberal la habia proveido de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullia una pera de donguindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago, y de la traqui arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubria hasta los vasos linfáticos, dónde excretaba la respiracion. Cesaron las voces, asustáronse todos,

hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua, y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la funcion; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabia el niño Gerundio, y todos dijeron á su padre que le diese estudios, porque sin duda habia de ser obispo.